



LXVI

Volvió Lena á la sala. Alfonso se adelantó y le ofreció el brazo para llevarla al balcón.

—¿Estorbo?—preguntó, apoyándose en el brazo de su primo.

—¿Estorbar? Ven á charlar con nosotros....

—Me falta buen humor.

—Ven.

Colocóse al lado de Alfonso, y se reclinó en el barandal.

—¿De qué hablaban? ¿Se puede saber?

—Sí, prima.

—Contemplábamos el firmamento.... ¡Qué hermosa noche! La atmósfera límpida, ni una nube en el cielo....

La noche había cerrado. Languidecían los ruidos de la ciudad, y el vientecillo

traía el misterioso rumor de las cercanas arboledas. Hacia la derecha, el alcázar resplandecía sobre la masa fuliginosa del bosque, como un joyel de diamantes...

Todos callaban. Alfonso, baja la mirada, de codos en la baranda, entretenía su pensamiento haciéndole vagar por la red de sombra de un árbol escueto proyectada en el suelo por el foco eléctrico de la esquina, foco titilante y mortecino. Margarita estaba abstraída en la contemplación de los esplendores de aquella noche divinamente invernal... De pronto corrió hacia la puerta de la sala, buscó tras la colgadura el conmutador, y encendió los focos del centro.

Volvió al balcón, y, silenciosa como antes, entregóse de nuevo á contemplar el cielo.

—¿En qué piensas?—díjole Alfonso.

—Propiamente hablando, en nada. Me place viajar con el pensamiento por los espacios luminosos del cielo...

—Estás poetizando...—dijo Elena riendo.

—¡Dios me guarde de ello, si poetizar es decir sensiblerías cursis!

—Estás soñadora, Margot...—murmuró el joven en el oído de su amada.

—Pienso...—continuó Margarita—en que la contemplación del cielo en una noche así, despierta en el alma infinitos anhelos. Siento que mi alma desea abismar-

se en esa constelada inmensidad, como en un mar de luces desconocidas, en un piélagó de amor purísimo...

—¿No digo bien, Alfonso?—insistió la ceguezuela—¿Miento al decir que Margarita se ha dado á poetizar?

Nadie respondió. La blonda señorita siguió diciendo:

—Ante esa inmensidad misteriosa, se presiente una otra patria mejor, y dulce tristeza subyuga nuestro espíritu, y deseamos morir...

—Melancólica estás, Margot...

—¿No dice tu famoso Leopardi que el amor y la muerte son hermanos? Pero ya te lo he dicho, ya te lo he dicho, Alfonso, que no me gusta ese poeta. Me repugnan las almas enfermizas. Las compadezco, pero me hacen daño sus tristezas...

La ciega parecía abstraída por un pensamiento dominante.

—Sí, sí, aunque Lena se burle de mí, aunque tú, que eres más soñador que yo (sea dicho de paso), me censures... no he de negarlo, sin ser romántica ni sensiblera, que me place la meditación solitaria, lo mismo ante un soberbio panorama alpino, que ante el espectáculo del cielo... Comprendo que nuestra alma no vive á gusto en la tierra... que su destino es otro.

—Sí;—murmuró Alfonso con su dulce acento francés:

“L'homme est un dieu tombé qui se sou-  
(nient des cieux.”

Margot rompió de pronto la conversa-  
ción, y exclamó:

—Vamos á tocar... Deseo oír música  
Toca, Lena.

—¡No estoy para ello!—replicó la ce-  
guezuela.... y menos para música clási-  
ca!

—Toca de Chopin...—suplicó Marga-  
rita.

—De Chopin, no, Lena. Esa música  
al decir de Margot, me vuelve pesimista.  
Como quien no dice nada: ¡un Schopen-  
hauer!

—El “Nocturno,” Lena...

—No;—se apresuró á decir Alfonso,—  
no, música alegre... un vals...

—No; no tengo ganas de tocar...

—Yo te lo ruego, Lena...

Y tomó del brazo á la ciega, y la llevó  
al piano.

—Un vals de Waldteufel.

—Sí, pero á cuatro manos. Ven, Mar-  
garita.

Alfonso se volvió al balcón.

Tras breve preludio que parecía el eco  
de lejana fiesta, un vals embriagador, cuyo  
tema parecía desenvolverse como una on-  
da de humo perfumado, brotó del piano.  
en rítmica misteriosa y vaga idealidad su-  
gestiva.

Elena retiró las manos del teclado...  
Miróla Margarita, y le dijo:

—¿Qué te pasa?

La ceguezuela no respondió, y acometió  
briosamente el tema... Mas á poco se  
echó á llorar...

Acudió Alfonso.

—¿Qué tienes, Elenita?

—Nada; pero me he sentido muy mal.  
Llévenme al balcón... No es nada; no se  
inquieten...

Llegó un coche y se detuvo á la puerta  
de la casa. Era el cupé de Alfonso, en el  
que habían llegado doña Dolores y Pablo.

La señora venía triste y abatida.

—Hemos venido en tu coche, Alfonso.  
¡Mil gracias!—Díjole Pablo.

Se habló del incidente breve rato.

—¡Ya estoy bien!... ¡ya estoy bien!—  
repetía Elena.

A poco se despidió Alfonso.





LXVII

Doña Dolores no quiso cenar. A instancias de Filomena tomó un poco de dulce.

Todos callaban: la ciega, llorosa y abatida; Margot pensativa y cabizbaja; la señora muy apenada; Pablo, sombrío y colérico. Sólo Ramoncito intentaba desvanecer con su charla la nube que pesaba sobre aquella familia, de ordinario alegre y de buen humor.

Ramón se soltó diciendo:

—A estas horas estarán de palique Juan y Conchita Mijares. Lo que ella se quería. ¡Bien guillada que estaba aquí por Juan! Aseguro por quien soy, que en estos momentos está en riña con el novio, porque mi queridísimo primo habrá llegado deslumbrante, arrollador, invicto como César....

—¡Muchacho, calla!— exclamó doña Dolores.—No estoy para charlas.

—¡Perdón, mamá!—respondió el muchacho, componiéndose el cuello altísimo de su camisa, y arreglándose la conruscante corbata.—¡Perdón, mamá! No puedo resistir al deseo de seguir charlando. Todos ustedes están tristes y mudos... ¡Eso no está bueno! ¡Alegría! ¡Mucha alegría! Dime, Margot; dime: ¿no es verdad que tu queridísima y nunca bien alabada amigueta Concha Mijares, se fué prendada de nuestro primito, del galante y aristocrático Juan? ¿No contestas? Pues... quien calla, otorga!

—¡Calla, por Dios, Ramón!—volvió á decir doña Dolores.

El jovencito no la oyó, ó no quiso oírla, y prosiguió:

—Entre el almacenista de "El Puerto de Veracruz," hoy escribiente en la fábrica del Albano, y el señorito Juan, soberbio tipo parisiense, pálida flor de asfalto francés... la elección no es dudosa...

—No hables mal de las gentes...—interrumpió la ciega contrariada.

—No; la elección no es dudosa... La ilustre monologuista, gloria del teatro casero de Arturito Sánchez, (covachuelista clásico, poeta insigne y periodista per-ilustre), anhelaba juntar sus laureles artísticos á los rancios blasones de la nobilísima estirpe de los Collantes y de los Aguayos!

—¡Mamá!— prorrumpió impaciente la ceguezuela—Oye á Ramón. Dile que hable de otra cosa... ¡Es tan fea la murmuración!

—¡Calla, por Dios, muchacho! Si tu padre viviera, ya te habría impuesto silencio. ¡Bueno era él para oír malas ausencias de las personas!

—¡Ja, ja, ja! ¡Vive Dios, mamacita, que nada malo digo! Mi charla es inocente. Es pura historia...

—Será lo que tú quieras; pero no todas las historias deben ser sabidas...—Y doña Dolores se puso en pie, y seguida de Margot y de Pablo se dirigió á la sala.

—Dígame usted, mamá; ¿qué pretende mi tío? Me muerdo de impaciencia...

—Vas á saberlo...

Tomaron asiento en el estrado. Doña Dolores y Margarita, en el sofá; Pablo en un sillón. Este se echó hacia atrás en la poltrona, y preocupado y pensativo cruzó la pierna, y siguió fumando, atento al humo de su tuxteco y á la conversación que iba á principiar.

—¡Esto no tiene nombre!—prorrumpió la señora.—Siempre desconfíe de mi cuñado y de la desigualdad de su carácter...

—¿Qué liquidación es la que pide?

—No la pide; la hizo ya!—dijo Pablo dejando caer sus palabras.

—Al decirle yo que deseaba recibir el dinero legado por Eugenia, y con éste el

obsequio de Surville, me contestó el otro día, terminantemente, con toda claridad: "¡Después que liquidemos!"

—¿Cuánto importa esa liquidación? ¿De qué procede?—preguntó Margot.

—De alguna cantidad que suplió á tu padre...

—¡Eso dice!...—interrumpió Pablo desdenosamente.

—Parece que sí... Nos ha mostrado cartas...

—¿Está probada la deuda? Cartas...

—Probada, no;—replicó Pablo—falta saber si papá no hizo el pago oportunamente... Papá era muy escrupuloso en todos sus asuntos...

—¿Y á cuánto asciende la deuda?...—volvió á preguntar la señorita.

—A poco más de lo que debemos recibir. Juan nos carga en cuenta el dinero facilitado para venir, y los gastos de instalación.

—De manera que...

—Dé manera que aun quedaremos adeudando quinientos duros, ó como dice mi tío, quien no pierde la costumbre de contar á la francesa, dos mil quinientos francos...

—¿Y el cambio?

—Queda abonado el cambio.

—¡Pero esto es atroz!

—¿Qué piensas hacer?

—¿Yo?—dijo la señora.—¡Nada! Que

paguemos... ¿Se debe? Pues... ¡pagar!

—Sí, pero...

—¡No hay pero que valga!... Sobre que el tiene el dinero!—observó Pablo desalentado.

—Si se debe... ¡pagar! Tiene usted razón... Pero antes, dejar en claro... si la deuda es cierta.

—Eso pienso yo, hija mía... Pablo dice que disputar sería inútil.

—Sí; ¿cómo probar nosotros que mi padre no debía nada? ¿Tenemos comprobantes?

—¿Y el dinero facilitado para el viaje y los gastos de instalación?—observó la blonda señorita

—Debemos pagarlo. Creímos que la bondad generosa de tu tío llegaba hasta favorecernos, y nos engañamos. Sería indigno alegar nuestro error...

—Tiene usted razón, mamá. ¿No lo crees tú así, Pablo?

El mozo contestó afirmativamente, con un movimiento de cabeza.

—Quedaría el recurso de acudir á un tribunal... Un abogado hábil... El Derecho tiene sus preceptos, según entiendo.

—¡El Derecho! ¿Sabes, Margot, lo que es el Derecho, lo que ha sido siempre?—rompió á decir el joven, incorporándose en su asiento?

—No.

—Pues voy á definírtelo: es la ciencia de conciliar los errores políticos, legisla-

tivos y económicos de los gobiernos con el mezquino interés de los particulares...

—¡Déjate de bromas, Pablo!

—No, hermanita: ¡tal es mi convicción!

—Entonces no queda más recurso que callar, ¿no es así, mamá? ¿Qué opinas tú, Pablo?

Pablo no contestó; sacudió la ceniza de su puro, y volvió á reclinarse en la poltrona.

—¡Y yo que soñaba que con ese dinero compraríamos unas casitas en Pluviosilla! ¡Yo que tenía la ilusión de regresar allá, y allí vivir tranquilos, en paz y gracia de Dios, lejos de este bullicio, de este vértigo y de esta feria de vanidades!

—Mamá: el hombre pone y Dios dispone.

—No volveremos á Pluviosilla,—murmuró Pablo tristemente; y agregó con vehemencia,—me basto y me sobro para que nada falte á ustedes.

—¡Así lo creo, hijo mío, así lo creo! Pero...

—¿Pero qué, mamá?

—Voy á tentar un recurso que me parece salvador...

—¿Suplicar?—dijo Margarita.

—¿Suplicar, mamá? ¡Nunca! ¡jamás!—dijo entre dientes Pablo, levantándose.—¡Eso sería indigno de nosotros!...

—Sin duda, muchacho. Déjame, que yo pondré á salvo nuestro decoro.

Profundo silencio reinó en la sala.



## LXVIII

Muy temprano se fueron á misa Margot y doña Dolores. Pablo dormía y Ramón con el libro de Física entre ambas manos, se paseaba en el corredor.

Filomena, la excelente y dulce Filomena, acudió en ayuda de Elena, la cual, contra su costumbre, se había despertado á eso de las seis y media.

—¡Ay, Filomena!—exclamó Elena, sentándose al borde de la cama y disponiéndose á que la criada la vistiera.—No he dormido en toda la noche.

—¿Por qué, niña?—preguntó cariñosamente la criada.

—¡Si tú supieras lo que me pasa, lo que padezco y lo que sufro!

—¡Lo comprendo, niña, lo comprendo! La desgracia de no ver es muy grande...

—¡Si yo pudiera escribir!  
—Pero, niña... su mamá de usted ó sus hermanos pueden hacerlo... Usted les dice lo que quiere decir... y ellos escribirán.

—Pero...

—¿Pero qué, niña?

—Nada.

—Niña...—murmuró la criada con ternura suplicante,—diga usted lo que iba á decir.

—¿Para qué?

—¡Dígalo usted!

—Lo que tengo que decir no debe saberlo nadie: solamente una persona....

—¿Qué no tiene usted confianza en la niña Margarita?

—Sí.

—¡Pues entonces...

—Pero no quiero que ella sepa lo que yo quisiera escribir á esa persona...

—Pues Pablo ó Ramoncito..

—Tampoco.

—Pues la señora.

—Menos.

—¿Qué... no tiene usted confianza en ella?

—Sí; pero no me conviene que sepa esto... Al menos, ahora.

—Pues entonces, niña, si de ese modo piensa usted, no sé yo...

—Mira: tú me quieres mucho.... ¿no es verdad?

—Sí, Elenita; con todo mi corazón.

—¿Me guardarás un secreto?

—Sí, niña.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Me lo juras?

—¡Se lo juro á usted!

—¿Sabes escribir?

—¿Ya no se acuerda usted?...

Aunque mal.

—¿Quieres hacerme un favor?

—El que usted quiera, si no es cosa que á la señora no le guste.

—Gústele ó no le guste...

—Pero, niña Elena...—suplicó dulcemente la criada.

—Hija: las cosas, ó hacerlas bien hechas, ó no hacerlas... ¿Escribirás lo que yo te diga?

—Sí; puesto que usted lo quiere.

—Pues bien... Mamá y Margarita se irán ahora á Méjico con los muchachos. Luego que estemos solas te dictaré la carta... y luego tú misma la llevarás al correo... Es preciso que la carta que vamos á escribir, llegue mañana á su destino.

—¿Pues de qué se trata, niña?

—Ya lo sabrás.

La ciega saltó de la cama, y, apovándose en el brazo de Filomena, se dirigió al lavabo.

En esos momentos llegaban doña Dolores y Margarita.



—Filomena:—dijo la dama,—queremos desayunarnos, porque tengo que ir á México. Ve á servirnos... Margarita ayudará á Elena.

Quince minutos después, todos estaban en el comedorcito. Elena, pálida y ojerosa, bella como siempre, pero abatida y preocupada, se desayunaba lentamente

—No me lo esperaba yo...—decía la señora contrariada y casi colérica.—Terminantemente me dijo que no. En buena forma, es cierto, pero se rehusó á obsequiar mis deseos

—¿De quién se trata?—interrumpió Pablo.

—Del P. Grossi, hijo mío; del P. Grossi... Le rogué que, con modo, como él sabría hacerlo, como es capaz de hacerlo... ¡Vaya si lo es! que le hablara á tu tío, y le hiciera ver que...

—Hizo usted mal, mamá! La dignidad ha debido impeírselo á usted.

—El P. Grossi no nos quiere,—se apresuró á decir la blonda señorita;—si fuésemos de su devoción, mejor dicho, si contara con nosotros para la cuestión de su iglesia, otra cosa sería!

—Ni aun así... —dijo Pablo, untando de mantequilla una rebanada de pan,—ni aun así... ¡Por nada de esta vida, como no fuera por dinero, opondría el P. Grossi su palabra evangélica á los deseos y opi-

niones de mi tío! ¡Como que por mi tío y por mi tía avanza la obra de la capilla, y por mi tío tiene el buen señor cuarenta acciones de "Cinco Señores!" ¡De "Cinco Señores," mamá, cuyos dividendos son al presente como los de ninguna otra negociación... ¡Qué sencilla y qué cándida es usted, mamacita! ¡Cree usted posible que el dulcísimo P. Grossi, esa alma de Dios, por servir á usted, por hacernos un favor, se quiera enajenar la voluntad del señor don Juan Collantes, flor de la Banca y facedor de empréstitos? ¡Ni pensarlo, mamá!

—No hará lo mismo el señor Fernández...

—No. ¡Ya lo creo! Pero hará usted mal en molestarle, porque todo será inútil. ¡No hay más que resignarse!

—Tú dirás lo que quieras... Yo debo cumplir con mi deber... Ahora le veré cuando salga del coro. Margot... ¡á vestirse! ¡Muchachos, listos, y en marcha! Lena: ¿quieres ir con nosotros?

—No, mamá...—respondió la ceguezuela—Prefiero quedarme. ¿Qué voy á hacer?



LXIX

En el comedor fué escrita la carta.

Filomena escribía bien, con letra muy clara y con pocas faltas de ortografía; pero la poca práctica hacía que á cada instante vacilara.

Dictábale la ceguezuela, y la fiel y cariñosa muchacha iba escribiendo sin darse cuenta de la gravedad del asunto.

—Niña,—exclamó repentinamente, dejando la pluma—¿qué necesidad tenía usted de estos misterios, qué necesidad había de esto? ¿Por qué no decírselo á la señora, ó á la niña Margarita? Si don Juan quiere á usted, si usted lo quiere, ¿para qué ocultar estas relaciones? Su papá de usted decía (muchas veces lo repitió delante de mí) que los matrimonios entre parientes no eran buenos. Puede ser

que á la señora no le gusten estos amores de usted y de su primo; pero... ¡Hay tantos matrimonios así!

—Sigue escribiendo...—dijo la joven. Filomena obedeció.

—Decíamos...

—Que...

—Lee.

—...“quiero que vengas, necesito que vengas antes de salir para Europa. Lo que te dije es cierto, y el asunto debe ser resuelto muy pronto. Ven y arréglalo con mis tíos...”

Elena dictó:

—Punto y seguido. “Te entregué mi corazón, mi amor, mi alma, mi vida”...

“Dicen que no eres bueno, pero yo creo que no eres malo. Eres caballero, y, como tal, debes cumplir la palabra empeñada á esta pobre y desgraciada criatura que tanto te quiere, que te adora, y que de ti, de tu lealtad, de la bondad de tu corazón lo espera todo. Mi familia nada sabe, ni siquiera Margot. Ven á arreglarlo todo, antes de que lo sepan. Temo que no vuelvas de Europa, y entonces...”

—Entonces....

—“Dime...” En dime pon dos puntos.

—Sí; ya los puse. Siga usted.

—Y una interrogación después.

—Ya está.

—“...¿qué haré yo?”—Cierra la interrogación.

—¡Ya!

—“Si no vienes, si no vuelves. si á tiempo no arreglas esto... ¿qué haré yo?”

—Ya está.

—“...¿qué haré yo?”... “Temo que no vuelvas. Y ¿sabes lo que entonces pasará? ¿Te has detenido á considerarlo?”

—¿Considerarlo?—repitió Filomena.

—“Hazlo por ti...” Espera, Filomena....—dijo Elena, interrumpiéndola y ahogando un sollozo.

La criada tuvo que dejar la pluma, y, sobresaltada, fijó en Elena una mirada de sorpresa y espanto. La ciega hizo un esfuerzo, y prosiguió, enmendando resueltamente la frase:

—“No lo hagas por tí... ni por mí... hazlo por tu...”

—¿Por quién?—preguntó Filomena, en cuyo pensamiento estaba ya la terrible palabra.—¿Por quién, niña?

—“¡Por tu hijo!”—respondió sin vacilaciones la ciega.

—Pero....

—¡Escribe lo que te digo!

—Pero, Elenita... ¿qué quiere decir eso?

—Lo que dice.

—¡Niña, por Dios!—exclamó angustiada la servidora.

Elena no respondió. Después de un rato de silencio, con acento de mando, acertó en el cual se revelaba cierto despecho

doloroso, mal contenido y encubridor de una pena punzante y vergonzosa, dijo:

—¿Ya lo entendiste? ¿Ya lo sabes todo? Pues no temas, y escribe.

—¡Niña Elena!

—Escribe... ¡Es preciso!

—Yo no escribo eso.

—¡Por Dios, Filomena!

La excelente servidora se echó á llorar. Elena, de codos en la mesa, el pañuelo entre las manos, al parecer impasible, paseaba en torno suyo la mirada inexpressiva de sus ojos sin luz.

—¡Cálmate!—suplicó cariñosamente.—Cálmate y escribe.

—¡No puedo creer esto, Elenita, no puedo creerlo!—replicó acongojada.—Eso no es verdad... ¡no es verdad!

—Sí lo es.

—¡Pero si no puede ser, si no puede ser!

Filomena se desató en sollozos, dando rienda suelta al dolor que le torturaba el corazón.

¡Qué tormentosa pena la de aquella alma cariñosa, tan amante de todos y de cada uno de los individuos de la familia Collantes! La de don Juan le era profundamente antipática. ¡Más vanos y tonistas! ¡Al diablo con ellos! Pero la de don Ramón le era profundamente querida, vaya; ¡si eran su propia familia! Entre todos prefería á Margarita y á Elena.

A ésta más que á la otra. Se habían criado juntas... Eran como hermanas. ¡Cómo había llorado ella la incurable ceguera de Elenita! Mil ideas contrarias, mil sentimientos encontrados le atenaceaban el cerebro; mil dardos se le clavaban en el pecho. ¡Qué cosas suceden! ¡Qué iba á pasar! Primeramente la vergüenza, la amargura de la familia... ¡Qué no dirían de ella las gentes, qué no dirían de la familia de don Ramón, hasta entonces irreprochable! Después, el enojo de Pablo que tenía tan mal genio. Y la pobre Filomena consideraba la desventura de Elenita, la cual, por su desgracia, parecía libre de un mal matrimonio, y á salvo de una seducción. ¡Con razón ella no pasaba al Juanito, que era tan insolente y tan despótico, y tan burlón! ¡Cuánto no habría dado por ser ella la víctima! Ella, al fin, no tenía ni padres, ni hermanos, ni parientes... Para ella la sociedad no significaba nada... ¿Qué era ella en el mundo? ¡Un cero, nada! Ella habría huído con su amante, habría escapado para ocultar muy lejos su vergüenza. ¡Ella! ¡Ella! ¿Qué importaba? A la desdicha suya, á su orfandad, bien podía unirse la deshonra... Así suele suceder con las huérfanas... ¿Pero Elena? ¿Elenita? ¿La pobre ciega? No, no, si aquello no era posible, no era verdad, ni podía serlo!

Oculto el rostro entre las manos, la in-

feliz Filomena se bebía sus lágrimas. Elena callaba. Afuera, los canarios trinaban regocijados en la pajarera, y el canto festivo de los pájaros aumentaba la angustia de la pobre muchacha. Oíanse ruido de coches, silbidos de tranvías, los rumores diurnos de la polvorosa avenida...

—Yo—seguía pensando Filomena—haría por la señorita el sacrificio mayor... con tal de salvarla... Pero... ¿cuál, Virgen santa, cuál? ¿Por qué hay males en el mundo que no tienen remedio? En su cándida sencillez, en su limitación intelectual, le parecía que algo así como un palacio de cristal, un alcázar preciosísimo, límpido, luminoso, prodigio de hermosura, en el cual se albergaban lo mejor de la belleza y lo más selecto de la virtud, se había hecho pedazos; que una mano impía, la de quien nada sabía estimar, como no fuese perdición y fango... Filomena habría deseado volver á lo pasado, volver á Pluviosilla, á tiempos mejores, antes de la llegada de aquellas gentes, antes de la llegada de aquel infame, para decirle: “¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí, canalla! Y ocultar á Elena, y ponerla en cobro. ¡Qué villano era aquel hombre que no se había detenido ante el infortunio de aquella inocentísima criatura. ¡Ante la desdicha de aquella niña, para la cual no había en el mundo ni alegría ni luz!

¿Y si Juan no volvía? Y si aun vol-

viendo se negaba á cumplir la palabra empeñada? Y todo, todo quedaría arreglado en unas cuantas horas... ¿Por qué no había de ser así? Con que Juan lo quisiera, bastaría. ¡Qué infamias las de estos señoritos decentes y ricos! Pero su corazón le gritaba: “¡No, no abrigues esperanzas!... Juan se va y no volverá en mucho tiempo... No se casará con Elena, y...”

Un rayo de luz cruzó por la mente de la criada... Pero al disiparse la repentina claridad, sólo quedó una obscuridad inmensa, profunda, de sombras más y más negras.

—Si de mí se tratara... qué me importaría ser vista como la peor de las mujeres! ¡Qué me importaría que la señora y los muchachos, y la niña Margarita, y la misma niña Elena, me despreciaran!

Entonces se revolvió como una víbora en el corazón de la honrada Filomena, un sentimiento impío, rebelde á la razón, cruel, ponzoñoso... Sintió desprecio por Elena... un desprecio profundo, y se dijo, temerosa de escuchar su propio pensamiento, asustada de la dureza de su corazón: “¡Ella tiene la culpa! ¡Con su pan se lo coma!” Luego sintió ira, algo como impulso poderosísimo de castigar dura y severamente, como la joven se lo merecía... Pero la ceguera de la joven ablandó la dureza inesperada y rápida de aquel corazón recto y nobilísimo, que se alzaba

altivo é indignado contra la maldad, contra la vil escoria humana, contra la inmundana materia, contra la debilidad de lo que debía ser firmísimo é incommovible como gigantesca mole de granito; ablandóse compasivo aquel corazón conturbado por la ruina inesperada de aquello que para él era ó había sido, hasta ese día, hermosura y pureza, respeto y dolor, y nuevas lágrimas, lágrimas dulcísimas de compasión y de caridad, rodaron por el rostro de Filomena.

—¡Pobre niña!—así lo pensó la fiel servidora—Debo compadecerla. Así compadece el Señor á los pecadores. Dios aborrece el pecado, pero se apiada del culpable y le ama tiernamente...

Enjugó sus ojos, y volvió á tomar la pluma.

—Elenita... seguiremos. Dícteme usted.

—¡Pobre de tí! ¡Ya oí cómo llorabas... ¡Dios te lo pague!

Filomena sonrió tristemente, é insistió:

—Dícteme usted; pero hable usted con franqueza, y dígame á ese señor... lo que debe decirle. Con energía....

Pronto quedó concluída la carta. Filomena la llevó al correo, y al volver, cuando tenía ante su vista el cielo azul, el valle, el bosque, el alcázar, y la avenida melancólica de Chapultepec orillada de sauces grises, por la cual venía, camino del

panteón cercano, un tren fúnebre, dijo se desesperada:

—¡Para qué vendríamos á esta tierra! ¡Dicen que parientes y trastos viejos... pocos y lejos. Y... si los parientes son ricos... hechos añicos!

Lena esperaba en el comedor.

—Ya eché la carta, Elenita. Yo misma pegué el sello... Ahora cuénteme usted su desgracia.

Y entre lágrimas y sollozos escuchó Filomena la historia triste y lastimosa de aquellos amores.

